

## El giro hermenéutico del Modernismo literario en el Pensamiento Latinoamericano

Dulce María Santiago (UCA)

### *El derrotero del paradigma “Civilización o Barbarie”*

La modernidad, que irrumpe tardíamente con toda su fuerza renovadora en el suelo americano ya entrado el siglo XIX, reviste caracteres trágicos porque supone un choque abrupto con la tradición de nuestro suelo y genera una relación dialéctica con ella. La única manera de resolver el conflicto será a través del proceso civilizador que se lleva a cabo mediante la *educación* y la *instrucción* en la ciudad, y mediante la *conquista* del territorio –la naturaleza virgen- en la campaña. Los antecedentes de este modelo ya los encontramos en las entrañas mismas de la occidentalidad: “los griegos se sintieron, de un modo simple y natural, diferentes de los otros pueblos por ellos conocidos. Los griegos, por lo menos los del período clásico, dividían habitualmente la familia humana en helenos y bárbaros...” (Kitto; 1962: 22).

Esta denominación –bárbaro- no tiene que ver con el sentido moderno de la palabra, significa simplemente gente que profiere sonidos, como *bar-bar*, en vez de hablar griego. El hecho de que no hablaran griego señalaba una separación más profunda: significaba que no vivían como griegos y que tampoco pensaban como ellos.

Los hebreos, por su parte, también establecieron una tajante división entre ellos y los extranjeros –los *gentiles*-, que no compartían la elección divina, no formaba parte del pueblo *elegido*.

Es decir que ya en los comienzos de nuestra cultura occidental encontramos dos modos de considerar el grupo humano: *nosotros* y los *otros*. Sobre esta base la cultura occidental constituyó sus formas mentales para ir perfilando lo que llamaría *civilización occidental*, que se irá distinguiendo y, también, imponiendo sobre las no occidentales ni cristianas, las cuales, aunque milenarias son culturas *estancadas*.

Para la civilización, las ciudades son la realización del modelo arquetípico de la polis griega, por lo tanto, constituyen el lugar privilegiado donde se despliega la racionalidad y donde se consolidará la modernidad: civilizar es modernizar, educar, racionalizar. Modernidad y Razón se identifican como un estadio superior y más avanzado, justificado teóricamente por la *ley del progreso*, representado fundamentalmente por la racionalización que aporta la superación científica. En este sentido, occidente es sinónimo del progreso, así en el siglo XIX, la civilización se identifica territorialmente con Europa y, la barbarie con el resto del universo, particularmente con lo americano.

La figura emblemática del siglo XIX en el tema de la educación fue, sin lugar a dudas, Domingo Faustino Sarmiento. La formación intelectual de Sarmiento, como la de los miembros de su generación, fue fuertemente influida por el *racionalismo iluminista* primero y, luego, por el *romanticismo historicista* que Esteban Echeverría trajo al Río de la Plata después de su viaje a Francia. Aunque Sarmiento no recibió una enseñanza ideológica en ámbitos académicos, sus lecturas de los autores iluministas suplieron esa laguna, pero –como observa sagazmente Leocata (1992; 244)- “le quitaron aquella medida que dejó la enseñanza de Alcorta” -reconocido como el *gran* profesor de la generación del 37- en sus coetáneos como Alberdi, Vicente Fidel López, etc.

Probablemente su idea de la “educación como único resorte valedero del progreso” y la fuerza polémica iluminista, que se da con mayor intensidad en él que en el resto de su generación, lo haya llevado a sostener la tesis de la lucha entre *civilización y barbarie* “con un cierto fondo volteriano y volneyano” (Leocata; 1992: 245).

En su obra más célebre, el *Facundo*, escrita en 1845 y considerada como la expresión de su interpretación filosófica de la historia, expresa la relación del hombre americano con la

naturaleza y la sociedad. Dicha relación da lugar a dos modos de ser *históricos* que, según Sarmiento, son antagónicos y representan dos épocas distintas, la edad media y la modernidad, son la *barbarie* y la *civilización*:

La violenta contraposición entre dos modos de vida, el tradicional y el “ilustrado”, –juza Leocata- que signará de ahora en adelante, con variaciones, la historia iberoamericana, se acrecienta en la medida en que la ilustración ha sobrevenido desde fuera, sin saber interpretar correctamente las raíces de la cultura anterior. Puede decirse que éste es uno de los rasgos más originales de la situación iberoamericana: el haber experimentado la ilustración no como un producto de una crisis o transformación interna, sino como algo advenido desde fuera para remover el estancamiento de lo interno (Leocata; 1992: 248)

Para el autor de Facundo el enunciado de *educar al ciudadano* significaba que la educación pública posibilitaría la inserción social de los inmigrantes que llegaban del Viejo Mundo, muchos de los cuales conocieron nuestra lengua a través de sus hijos quienes la recibieron en la escuela pública. No obstante, y a pesar de la influencia de los principios morfogénicos del romanticismo-historicista, no pudo evitar un pensamiento foráneo y europeísta que le impidió elaborar un proyecto educativo genuino. A tal punto que el “maestro” de este modelo miraba con cierto desdén todo lo que tuviera un origen autóctono.

### **Crisis de la Razón y surgimiento de otro paradigma**

A partir del siglo XX, especialmente después del impacto de la Gran Guerra, el paradigma de la modernidad cuestiona todo el pensamiento *racional* “de Jonia a Jena”, que concibe al hombre como *ser pensante* y que no respeta la *alteridad del otro*, sino que por medio de la violencia intenta reducir *lo otro* al *mismo*, convirtiéndolo en objeto cuando es sujeto. Así la filosofía de origen griego (Jonia) parece haber llegado a su fin con Hegel (Jena). Se origina entonces una nueva *conciencia* sobre lo humano, ya no es más un “animal racional”, ahora es concebido como un sujeto que con-vive con otros sujetos, otros-yo.

Este pensamiento manifiesta la vida intelectual en torno a la Primera Guerra Mundial, signada por la conciencia de *final de ciclo* como una crisis de la racionalidad occidental, representa la *conciencia de la crisis de la modernidad*: Se había proclamado el *Reino de la Razón* y llegó la *Barbarie*, representada por el odio y la violencia de las guerras: el Holocausto será considerado una lógica consecuencia de la modernidad, es decir, de la razón. La experiencia destructora de la ciencia y de la técnica se ha puesto de manifiesto en las guerras. Es necesario un replanteo del sentido de la *racionalidad*. Surge ahora el cuestionamiento: “¿Quiénes son los bárbaros?”

### **Nuestro modelo**

En América Latina, por su parte, hacia fines del siglo XIX, se fue manifestando paulatinamente la crisis del proyecto civilizador moderno y se puso en duda las ideas liberales: el pensamiento liberal que sirvió de fundamento para las revoluciones de la independencia española, ahora parece no responder a la estructura social y económica de Latinoamérica. Mientras en Europa el Liberalismo nació como producto de la Revolución Industrial y se adecuó a sus nuevas necesidades; en las nacientes naciones sudamericanas, que se basan en una economía agrícola ganadera y con una estructura social diferente, ese pensamiento de origen anglosajón no parecía el más propicio:

En América Latina el liberalismo forma parte integrante de su constelación originaria desde los días de la Independencia –y perdura por eso con constancia singular- pero también desde los primeros momentos su situación pudo menos de ser en extremo precaria, en cuanto, como ideología, se encontraba en contradicción con la estructura social fundamentalmente agraria y los usos y creencias efectivas en que la misma se apoyaba (Medina Echevarría; 1976: 88)

Este cambio de mentalidad produjo una reelaboración del modelo “civilización o barbarie” que había identificado la civilización con Europa y la barbarie con América, repensando la identidad americana como una asimilación y una adaptación de lo extranjero a lo propio y como una *síntesis* de elementos diversos. En este sentido, el *Modernismo*, que surgió como una corriente artística genuinamente americana, convirtió a este sincretismo en su estandarte, dando lugar a una transformación en la visión de la identidad americana. Preocupado por renovar la estructura literaria, el modernismo se vuelve crítico hacia la imitación de lo europeo: toma sus ejemplos de Europa pero piensa en América. La nueva definición de lo americano será, entonces, la *síntesis*. José Martí (1853-1895) es una de las figuras más representativas de este período y rescata al indio y al negro como integrantes de lo americano.

A su vez, el positivismo, que fue el pensamiento dominante en la cultura de fines del siglo XIX tanto europea como americana, y que había prometido un futuro de bienestar fundado en el progreso de la ciencia, entra en crisis; permite así el surgimiento de este nuevo movimiento que, a su vez, promete liberar al espíritu de su esclavitud material y posibilita emerger un nuevo idealismo. En este sentido, otra de las figuras destacadas del modernismo, José Enrique Rodó, en su *Ariel* postuló la superioridad de lo latinoamericano, representante de los valores espirituales, sobre América del Norte, fundada en valores utilitaristas. Como para el modernismo lo americano resulta una síntesis con una búsqueda de lo *bello*, en contraposición a lo pragmático, la civilización es ahora lo latinoamericano y la barbarie lo norteamericano.

Martí implica un giro radical en el concepto de “civilización vs. barbarie” ya que, a partir de ahora, tanto el indio como el negro, rescatados de la *otredad*, son incorporados a la civilización.

Así el modernismo, que rechaza el liberalismo, el romanticismo y el positivismo, “provoca la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al vulgo bajo el modesto nombre de *modernista* se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos de Europa, pero piensa en América” (Henríquez Ureña; 1927: 14).

Esta nueva concepción permitirá la superación del *racismo de bases científicas*, imperante en la época positivista, reemplazando la “raza” por la “cultura”: el proyecto moderno que buscaba la suplantación de la barbarie propia por la civilización europea estaba fundado en una sobrevaloración de las cualidades de la raza blanca europea, asumida como “naturalmente superior”, y una consiguiente descalificación -también ontológica y estética- del mestizo, del indio y del negro, es decir, del “americano”.

Este racismo endógeno conducía necesariamente a la afirmación de la imposibilidad de los “americanos” de constituirse como sujetos modernos o civilizados. De ahí toda justificación para la marginación, reducción o, incluso, aniquilación del in-civilizado. Por eso la idea de la “raza” fue la argumentación *científica* que legitimó la dominación eurocéntrica en América, así como lo había hecho con el colonialismo europeo la teoría del socialdarwinismo de Herbert Spencer.

Por eso,

En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva id-entidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo, condujo a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y con ella a la elaboración teórica de la *idea* de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no-europeos. Históricamente, eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes... De ese modo, raza se convirtió en el primer criterio fundamental para la distribución de la población mundial en los rangos, lugares y roles en la estructura de poder de la nueva sociedad. En otros términos, en el modo básico de clasificación universal de la población mundial (Quijano; 2000: 203).

Esta necesidad de superar la categoría de “raza” como fundamento explicativo y determinante de la diversidad humana motivó al antropólogo cubano Fernando Ortiz (1881-1969) a buscar una nueva forma de interpretación de aquella diversidad. Advierte Ortiz dos formas de comprensión de un mismo fenómeno: el letrado y el popular. Contra cualquier prejuicio de origen “académico”, buceó en los “anónimos genios del pueblo humilde” desde una perspectiva etnográfica, encontrando así nuevas tendencias que reemplazan la concepción de “razas inferiores” o “mentalidad primitiva” por una renovada visión de los fenómenos sociales desde el prisma de la *cultura*, que abandona conceptos como “hombre primitivo” o “pensamiento pre-lógico”. Este nuevo prisma le permitió “la reivindicación social de la cultura de origen africano en Cuba, y esclarecerá que no existe conexión causal entre raza y las realizaciones culturales, entre raza y las cualidades psicológicas, lingüísticas o religiosas de un pueblo o grupo étnico” (Ortiz; 2008: 18). Así lo demuestra en su obra *El engaño de las razas*, en la cual antepone el concepto de cultura en detrimento de la idea sobre las razas. Posteriormente fijará su posición en un artículo titulado *Ni racismo ni xenofobia*, rompiendo de manera radical con la concepción evolucionista de las razas humanas y pronunciándose contra todo racismo con la incorporación del concepto de cultura en sus estudios etnográficos.

Esta idea de la raza fue el eje sobre el cual Sarmiento había construido su modelo civilizador cuando afirmaba en el Facundo:

El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que, mezclándose forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas. En la campaña de Buenos Aires se reconoce todavía el soldado andaluz, y en la ciudad predominan los apellidos extranjeros. La raza negra, casi extinguida ya, excepto en Buenos Aires, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos de progreso. Por lo demás, de la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos (Sarmiento; 1979: 32)

La oposición y el conflicto están planteados: una Argentina profunda que sobrevive a los sistemáticos intentos de negación de una Argentina supuestamente ilustrada y ocupada por algo diferente y, sobre todo, de naturaleza inferior, es decir, inútil por naturaleza. Parece, como dice el antropólogo argentino Arturo Sala

que la principal tarea de Satanás sea inducir a los humanos, varones o varonas, al engaño, la traición y la discriminación, ya desde allí se progresa rápidamente hacia la demonización de sus semejantes. Es decir, a cumplir con su mandato de desasemejar a los prójimos, aunque sean simbólicos o lejanos (Sala; 2000: 93)

Pero, como hemos considerado, este paradigma ha sido superado; incluso, podemos decir que se ha revertido porque, como sostiene Adolfo Colombres (1984: 30) “es preciso declarar hoy, frente a una ciencia social edificada sobre un eurocentrismo, que la hora del “bárbaro” ha llegado”.

Esta sentencia parece el presagio que en el siglo XIX el viajero Francis Head expresó en su relato de viajes *Las pampas y los andes*:

La experiencia e historia del Viejo Mundo nos enseñan que el resurgimiento y la caída de las naciones es tema que sobrepasa el examen del hombre...¿quién puede atreverse a decir que no suene la hora en que estos hombres, montados en los descendientes de los mismos caballos traídos a través del Atlántico para oprimir a sus antepasados, se precipiten desde la región fría adonde han sido arrojados, y con furia irresistible proclamen, ante la conciencia culpable de nuestro mundo civilizado, que la hora del desquite ha llegado, que los pecados de los padres han caído sobre sus hijos, que los descendientes de los europeos sean, a su turno, pisoteados y, en agonía y tortura, en vano pidan misericordia a los *desnudos indios*?

¡Qué lección ofrecería este cuadro horrible! No es mi profesión ni mi deseo filosofar, pero es imposible al individuo solitario pasar por las magníficas regiones de América sin respetar a los prójimos que allí fueron colocados por el Omnipotente (Head; 1929: 84).

Así se pone de manifiesto que, mientras no seamos capaces de resolver nuestro desencuentro interior, la relación con lo diferente será siempre una relación conflictiva, porque el dilema lo tenemos dentro.

## Conclusión

En un mundo globalizado como el nuestro, se impone la necesidad de rescatar y revalorizar la identidad propia de las culturas. En el caso de nuestra cultura latinoamericana, es preciso recurrir a su fuente diversa y al proceso de integración como algo propio y significativo de nuestra identidad cultural.

Desde nuestras raíces históricas hasta nuestros días, este proceso de integración ha tenido diferentes etapas y modelos hermenéuticos. El *modernismo literario*, que se extendió a otros ámbitos de la cultura, ha rescatado el *barroco* como un estilo con caracteres propios que constituyó un principio de síntesis cultural el cual no contrapone las culturas sino que las integra en una síntesis vital. El *mestizaje* es la resultante que supera la suma de sus partes y da lugar a una realidad nueva y más rica que las anteriores. De ahí que surgiera un *ethos barroco*: Una experiencia de convivencia que valoriza precisamente el encuentro, y que es la fuente de la legitimación de todas las actividades sociales.

## Referencias

Colombres, Adolfo (1984). *La hora del "bárbaro" (bases para una antropología social de apoyo)* Puebla. Premia Editora.

Head, F. B. (1929). *Las pampas y los andes*. Buenos Aires. Administración Vaccaro.

Henríquez Ureña, Pedro (1927). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires. Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias

Kitto, H.D.F. (1962). *Los griegos*. Buenos Aires. Eudeba.

Leocata, Francisco (1992). *Las ideas filosóficas en Argentina*. Buenos Aires. Centro Salesiano de Estudios.

Medina Echevarría, José (1976). *Sociología latinoamericana*. San José. Editorial Universitaria Centroamericana.

Ortiz, Fernando (2008). *La Virgen de la Caridad del Cobre. Historia y etnografía*. La Habana. Fundación Fernando Ortiz.

Quijano, Aníbal (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Edgardo Lander (editor) *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires. CLACSO.

Sala, Arturo E. (2000). "Los pliegues de Satanás". En: *Márgenes de la justicia*. Buenos Aires. Ed. Altamira.

Sarmiento, Domingo Faustino (1979). *Facundo*. Buenos Aires. Editorial Difusión.